

« HEME AQUÍ, ¡ENVÍAME! »

(Isaías 6,8)



**Carta n. 7 a la Congregación
sobre la misión**

Ilustración de portada: El Cristo resucitado confirma la misión de Pedro (icono de la cripta de San Pedro en Gallicantu en Jerusalén, escrito por Evgeni Kisets, 1995).

« HEME AQUÍ, ¡ENVÍAME! »

(Isaías 6,8)

**Carta n. 7 a la Congregación
sobre la misión**

“La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre” (Ad gentes, n° 2).

INTRODUCCIÓN

Cuando Jesús en su caminar se cruza con personas, llama a algunos a seguirlo. Los nombra apóstoles y discípulos suyos. El Evangelio nos cuenta esos relatos de vocación. Pedro y Andrés se encuentran con el hombre de Nazaret a orillas del lago de Tiberíades. Jesús se dirige a Pedro y le dice: “Ven, sígueme”. El compañerismo con Jesús es una aventura que nos lleva por senderos no trazados, pero cuya meta es el Reino de Dios. Desde los orígenes de la vida consagrada, hombres y mujeres han vivido su compromiso con los votos de religión: pobreza, obediencia y castidad. También nosotros, todavía hoy, estamos llamados a seguir a aquel que lo dio todo por amor. “Ven, sígueme”. Jesús no cesa de interpelar a los hombres de esta época.

“Sal de...” a Abraham; “Sígueme” a Pedro; “¡Vete!” a Moisés; “Ven...” a Natanael. Se diría que este Dios sólo puede ser encontrado por aquellos que están en camino; por el peregrino que acepta plenamente su condición de homo viator. Dispuesto a dejar atrás muchas cosas (...) para ir con él y vivir en Adviento¹ ».

¹ Léonard Amossou KATCHEKPELE, « Dieu est assez grand pour se défendre tout seul. L’apologie du témoin. » (Dios es suficientemente grande como para defenderse solo. La apología del testigo) Lessius, 2018, p. 44

Inicialmente pensaba destinar esta carta a los hermanos en formación, pero a medida que la iba redactando me ha ido pareciendo útil enviarla a todos los religiosos. Desearía que cada hermano pueda apropiársela para profundizar en el sentido de la misión en la Asunción. Ahora, más que nunca, es necesario revitalizar nuestro impulso misionero. El Cardenal Lustiger, Arzobispo de París, decía a menudo que el cristianismo estaba en los comienzos de su historia. Es también mi convicción íntima; pero si queremos contribuir a la renovación de la evangelización tenemos que redescubrir el sentido de la disponibilidad. Es verdad que los jóvenes en formación constituyen un grupo particular, y prepararlos para la misión debe ser nuestra prioridad; sin embargo la formación no debe ser asunto exclusivo de algunos formadores oficialmente mandatados. Es importante que cada uno se comprometa resueltamente en la transmisión de aquello que ha recibido.

La Asunción es un cuerpo vivo que existe sólo en un acto de transmisión realizado de generación a generación. El carisma recibido de Manuel d'Alzon es un don para la Iglesia. Está vivo y se desarrolla con cada generación de religiosos asuncionistas. Nuestra responsabilidad es grande: ¿cómo cumplir nuestro deber de comunicar a los más jóvenes el corazón de nuestra vida religiosa? No podemos contentarnos con delegar esta transmisión a otros. Es la vida de cada religioso la que da testimonio y hace posible que los jóvenes religiosos descubran desde dentro la realidad de la vida asuncionista. Libros, cursos, conferencias son útiles, pero eso no es suficiente para construir la personalidad asuncionista. Si, por desgracia, perdiéramos la capacidad de *"transmitir lo que hemos recibido"* (1 Co 15,3), entonces la Asunción habrá llegado a su fin.

Pero la misión no es sólo cuestión de preparar a los hermanos en formación. La urgencia misionera nos incumbe a todos: *"En efecto, el anuncio del Evangelio no es para mí un orgullo, es una necesidad que se impone a mí. ¡Ay de mí si no anunciara el*

Evangelio!”, dice el Apóstol Pablo (1 Co 9, 16). El cristianismo del tercer milenio tiene la inmensa tarea de hacer que se escuche el mensaje de vida proclamado por Jesucristo. En un mundo que cambia rápidamente y en el que las viejas referencias están desapareciendo, es urgente dar testimonio de nuestra fe en el Dios que salva. La Asunción es una congregación apostólica. Es heredera de la misión de los apóstoles que recibieron la llamada de Cristo: “*Id por todo el mundo. Proclamad el Evangelio a toda la creación*” (Mc 16,15). Ahora que nos disponemos a celebrar el 175 aniversario de nuestra fundación, debemos, por fidelidad a Manuel d'Alzon, recobrar el ardor apostólico de nuestros comienzos. Quisiera que esta carta contribuya a la renovación misionera de la Asunción. Tenemos un patrimonio apostólico muy rico y, a Dios gracias, podemos contar con un número nada despreciable de religiosos y laicos asuncionistas para reforzar nuestra presencia en el mundo. Muchos son los ámbitos misioneros de nuestras implantaciones tradicionales (medios de comunicación, educación, parroquias, misiones, justicia y paz, ecumenismo, estudios), pero hay también nuevas tierras que explorar (el continente digital, la salvaguarda de la Tierra, la solidaridad con los pequeños, los migrantes y las personas desplazadas,...). ¿Seremos capaces de movilizarnos para hacernos presentes en estas realidades? Tengo la convicción de que nos encontramos en un punto de inflexión para el cristianismo a nivel mundial. Si recuperamos el ardor de las primeras comunidades, estaremos en condiciones de contribuir a la transformación del mundo por medio del Evangelio. Así pues, hay conversiones que hemos de recorrer para llegar a una verdadera praxis misionera. La exhortación del Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, es para nosotros un texto de primordial importancia; a él haré referencia más de una vez. El objetivo de esta carta es, pues, sensibilizar en primer lugar a los religiosos asuncionistas y a los laicos asociados para que se vayan haciendo cada vez más misioneros. La convicción de base es que hay un vínculo incontestable entre *la escucha de la*

Palabra de Dios y el anuncio del Evangelio. El religioso encuentra la orientación de su vida en las palabras de su maestro y salvador, Jesucristo. Pero esta palabra recibida no está condenada a permanecer como letra muerta en el corazón del oyente porque ella es fuerza de salvación.

I. LA MISIÓN EN LA ASUNCIÓN

1) El espíritu misionero del Padre Manuel d'Alzon

Manuel d'Alzon no habla de misión en singular, él prefiere la expresión “las misiones”. Pero suele hablar más bien de los fines de la congregación, y entonces enumera las actividades a las que debe consagrarse la Asunción, las Obras que animamos. Dicho esto, es claro que desde el principio de la fundación nuestro fundador designa las “misiones extranjeras” como una actividad importante de la congregación (Cf. “Notas para un proyecto de constituciones 1849-1850” E.S. pp. 649, 656, y la Instrucción de 1873 E.S. p. 185 donde el Padre d'Alzon evoca las dificultades de la misión de Australia y los primeros resultados de la misión de Bulgaria).

“El amor a la Iglesia suscita otro amor en los corazones. Los apóstoles tenían que dar testimonio de Jesucristo no sólo en Jerusalén, sino hasta los confines del mundo: usque ad ultimum terræ. Sí, las misiones en el extranjero son nuestra ambición. A qué disposición providencial se debe que, siendo tan poco numerosos, tengamos ya tantos misioneros. Y, al mismo tiempo, mirad a qué auxiliares hemos llamado. En el pasado, a las vírgenes consagradas al Señor se las escondía tras las más severas clausuras. Hoy les decimos: “Hijas mías, iréis más allá de los mares” (Instrucción de 1868, E.S. p. 144).

Manuel d'Alzon no fundó un Instituto misionero, de los que hubo tantos en el siglo XIX. Fundó una congregación religiosa dispuesta a obedecer al Papa para extender el Reino de Dios. Esa era la perspectiva del cuarto voto. Pero d'Alzon tuvo el afán de ir más allá de las fronteras de su país natal. Si, a pesar de todo, el desarrollo de la Asunción fuera de esas fronteras fue limitado en vida de nuestro fundador, ello se debió en primer lugar a la falta de obreros para la misión.

2) La misión en el transcurso del tiempo

La Asunción ha experimentado un auténtico dinamismo misionero a lo largo de su historia, pero hay que recordar que la internacionalización de la congregación ha sido caótica a pesar de todo. Si en tiempos del Padre d'Alzon fuimos a Australia, y luego al Imperio Otomano, los años posteriores a la muerte de nuestro fundador estuvieron marcados por muchas dificultades con la persecución anticlerical en Francia y por las expulsiones. Gracias a ellas salimos de Francia y fuimos a España, Bélgica, Italia e Inglaterra, pero sin voluntad inicial de fundar en esos países. En la mente de muchos religiosos, se trataba de prepararse para volver a Francia tan pronto como los tiempos volvieran a ser favorables. Un índice significativo: la mayoría de los alumnos acogidos en el extranjero los formaban jóvenes franceses. Pero, con todo, la diáspora así vivida (no olvidemos que el nombre del boletín de la congregación en aquella época era "*Lettre à la dispersion*" (*Carta a la dispersion*), favoreció la implantación de la Asunción fuera de Francia. Cabe mencionar, en ese período turbulento, la fundación en Sudamérica, con nuestra implantación en Chile (1890), y en Estados Unidos en el generalato de François Picard. El mandato de Gervais Quenard estuvo marcado por una gran actividad misionera: Congo, América del Sur (Brasil en 1935, México en 1948), Manchuria... Después de él, al inicio

del generalato del Padre Wilfried Dufault la expansión misionera prosiguió, entre otros países, en Costa de Marfil y Madagascar; pero fue también el comienzo del repliegue, con la persecución en la Misión de Oriente y la independencia de las colonias en el norte de África, que nos llevará a abandonar Túnez y Argelia bastante rápidamente.

Es también la época del Vaticano II. El Concilio trajo un hábito de renovación, pero la nueva concepción eclesiológica, el decreto sobre la libertad religiosa, todo eso contribuyó a ralentizar la misión *ad gentes*. El colapso de las vocaciones complicará también las veleidades de nuevas fundaciones. En 1960 uno de cada tres misioneros en el mundo era holandés...

La idea de que la salvación del hombre ya no pasaba necesariamente por la conversión al cristianismo quedó más o menos establecida en la mente de los religiosos y de algunos cristianos. Yo llamo a esta época el tiempo de la "di-misión". Es el triunfo de la teoría del soterramiento, cuando el testimonio de vida pasa a tomar un carácter silencioso y no explícito.

Sin embargo, no faltan esfuerzos por parte del Papa Pablo VI. Su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* es probablemente uno de los textos más hermosos sobre la actividad misionera. Pablo VI nos recuerda vigorosamente que quien ha recibido el Evangelio se convierte *ipso facto* en evangelizador: "*el que ha sido evangelizado evangeliza a su vez. He ahí la prueba de la verdad, la piedra de toque de la evangelización: es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al reino sin convertirse en alguien que a su vez da testimonio y anuncia*"².

² Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 8 de diciembre de 1975, n° 24.

Pero es tiempo de laicidad y de dudas. Juan Pablo II despertó vigorosamente a la Iglesia con el tema de la nueva evangelización, y un texto como *Redemptoris missio*, entre otros, nos recordó el papel de la Iglesia en el anuncio de la salvación. La Iglesia recupera la confianza en sí misma para ir hacia nuevas culturas. La Asunción, por su parte, pasó de 1.900 religiosos (1960) a menos de 1000 en el año 2000. Se cierran comunidades, los noviciados están casi vacíos. Dejamos Costa de Marfil, pero retomamos la aventura en Europa del Este tras la caída del Muro de Berlín. Y surge de nuevo el sueño misionero. En Francia, bajo el Provincialato del P. Claude Maréchal, se constituye un grupo de estudio para fundar en Asia. El Congo se despliega más allá de sus fronteras con la fundación en Kenia (1988) y luego en Tanzania. La Asunción vuelve a Asia (Corea) en 1991. Por último, a partir del año 2000, se hacen gestiones para fundar en África Occidental, en Filipinas y en Vietnam.

Preciso es constatar que hemos sufrido “una erosión del espíritu misionero” (Ch. Theobald). El repliegue de los cristianos, el miedo a invadir la libertad individual de los no creyentes, el respeto a la diversidad de pensamiento son posiblemente factores que explican la ralentización de la misión. Es probable que la reflexión sobre el diálogo interreligioso o el ecumenismo también hayan fomentado una nueva actitud y el rechazo del proselitismo.

3) El 33º Capítulo General de 2017

El último Capítulo General discutió largamente sobre la misión en la Asunción, lo cual no es nada extraño, ya que una de las funciones esenciales de la Asamblea capitular es definir las prioridades apostólicas de la congregación. Pero los debates pusieron de manifiesto que no todos teníamos la misma concepción de la misión. Hubo debate no sólo sobre las prioridades que

debíamos adoptar, sino también sobre el significado mismo de la palabra misión. Claro, la división surgía esencialmente porque la palabra misión significa también misión *ad extra*, es decir, misiones lejanas. Yo pienso que es necesario volver a precisar lo que entendemos por misión, pero sobre todo favorecer la disponibilidad religiosa para que la Asunción viva en un auténtico dinamismo misionero, el cual podrá desplegarse dentro de los límites de la propia cultura o país de origen, pero también más allá de sus fronteras.

Me parece pertinente citar un largo pasaje de la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata* de Juan Pablo II para iniciar nuestra reflexión.

"A imagen de Jesús, el Hijo predilecto "a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo" (Jn 10, 36), también aquellos a quienes Dios llama para que le sigan son consagrados y enviados al mundo para imitar su ejemplo y continuar su misión. Esto vale fundamentalmente para todo discípulo. Pero es válido en especial para cuantos son llamados a seguir a Cristo "más de cerca" en la forma característica de la vida consagrada, haciendo de Él el "todo" de su existencia. En su llamada está incluida por tanto la tarea de dedicarse totalmente a la misión; más aún, la misma vida consagrada, bajo la acción del Espíritu Santo, que es la fuente de toda vocación y de todo carisma, se hace misión, como lo ha sido la vida entera de Jesús. La profesión de los consejos evangélicos, al hacer a la persona totalmente libre para la causa del Evangelio, muestra también la trascendencia que tiene para la misión. Se debe pues afirmar que la misión es esencial para cada Instituto, no solamente en los de vida apostólica activa, sino también en los de vida contemplativa"³.

³ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Vita consecrata*, 1996, n°

Juan Pablo II afirma sin ambigüedades que la vida religiosa es por naturaleza misionera. Nadie puede escapar a esta realidad porque está en juego nuestra credibilidad. Sin misión, nuestra vida no tiene sentido. Pero sabemos que la misión no se plasma únicamente en la acción, en el hacer, sino también en nuestra manera de estar en el mundo por la consagración religiosa. El testimonio de vida pasa por la práctica de nuestros votos religiosos, pero desemboca inmediatamente en el anuncio explícito de la salvación dada en Jesucristo. Nuestra vida está de por sí abierta al mundo y no puede contentarse con un anuncio implícito. En esto, la insistencia del Papa Juan Pablo II en hablar de la misión de los Institutos contemplativos es un elemento iluminador. Incluso en la soledad de un monasterio, la vida religiosa está llamada a dar testimonio en el mundo para hacer crecer el Reino. La vida religiosa no es autorreferencial, sino que encuentra su sentido en relación con el mundo en el que vive y en su privilegiada comunión con el Señor. La escucha atenta de la Palabra de Dios hace de nosotros discípulos-misioneros.

II. EL DISCÍPULO-MISIONERO

Para una renovación de la actividad misionera, aquí y en otros lugares, ad intra y ad extra, hay condiciones que cumplir. La Exhortación *Evangelii gaudium* renueva nuestra reflexión, debido en particular a la insistencia del Papa Francisco en hablar del “discípulo-misionero”. A mí me complace considerar que sea en torno a la reflexión de testigo, que le es cercana, como podemos profundizar en nuestra reflexión.

1) *El cambio de paradigma*

Estamos asistiendo a un cambio en la concepción misionera. La Iglesia surgida del Concilio Vaticano II ya no postula como absoluto el viejo adagio: "fuera de la Iglesia, no hay salvación". El bautismo conserva su papel decisivo para la adopción filial, pero los textos conciliares dejan entrever la posibilidad de la salvación sin él. El cambio de paradigma es también la nueva realidad sociológica mundial. Estamos inmersos en un mundo secularizado o en proceso de serlo. Lo que se dibuja en el horizonte es un mundo post-religioso. ¿Cómo podemos ser misioneros en este contexto?

Dietrich Bonhoeffer (1906-1945) reflexionó largamente sobre la posibilidad de la fe en Jesús en un mundo que ya no es religioso. Marcado por las atrocidades cometidas por los nazis, Bonhoeffer llegó hasta dar su vida. Fue ejecutado en la horca. La pregunta que le habita es *¿cómo puede Cristo ser el Señor de los no religiosos?* Se trata de decir cómo la salvación universal dada en Cristo puede alcanzar a aquellos que han salido de la religión. Pero como escribe Joseph Moingt, *"este interrogante ha vuelto a los lectores, dirigido a los cristianos, para invitarlos a pasar también ellos de la reflexión a la acción, a la audacia del pensamiento y luego a la del actuar"*⁴ ¿Cómo anunciar al Dios de Jesucristo en un mundo emancipado de la religión?

Creo que la Asunción, por su solidaridad con la condición humana común, puede contribuir al anuncio de Dios en un mundo así. La fraternidad religiosa, el sentido del perdón y la reconciliación, la internacionalidad y la interculturalidad, todo eso da testimonio de nuestra fe en una realidad que va más allá de solamente la realidad visible del mundo. Pero el nuevo paradigma nos impulsa a liberarnos también nosotros de los vestigios de

⁴ Joseph MOINGT, *Figures de théologiens* (Figuras de teólogos), Cerf, 2013, p. 44.

una religión subyugante y falta de luces. Esto significa que estamos obligados a tener una fe adulta, una fe que acepta el cuestionamiento pero que permanece fundamentalmente ligada a la presencia de Cristo en el tiempo y en la historia. Esto, evidentemente, es dificultoso, pero ¿cómo podemos ser creíbles si mantenemos los viejos reflejos de una religión infantil? Dios es más grande que nuestras preguntas, debemos abandonarnos a Él.

También la Asunción vive un nuevo paradigma con la internacionalidad e interculturalidad. Hasta hace poco, todos los misioneros procedían de las viejas cristiandades. Los misioneros vivían su misión como una epopeya civilizadora –fuertemente disputada hoy en día– que nutría la convicción de que llevar el cristianismo era llevar no sólo la salvación, sino también el progreso humano. Todo esto ha sido cuestionado. Hoy la Asunción ya no tiene un gran número de vocaciones de Occidente: nos llegan con parsimonia. Los batallones disponibles para la misión son africanos y asiáticos, pero ya no gozan del apoyo que suponía aquel imaginario triunfante. También en esto hemos de adaptarnos a la realidad. ¿Estamos diciendo que no es posible ser misioneros siendo hijos de los antiguos países de misión? Por supuesto que no, pero se necesita una conversión ideológica para comprender que anunciar a Cristo al mundo secularizado no es una venganza de la historia.

La Asunción debe hacer suyos los valores de la fraternidad universal empezando por vivirlos ya en su propio seno. Por tanto, hay que emprender una misión urgente promoviendo no sólo la internacionalidad –lo cual se está haciendo bastante bien– sino fomentando la interculturalidad. Y aquí hay mucho en juego, pero las respuestas son difíciles de llevar a la práctica.

Christoph Theobald, teólogo jesuita, ha escrito recientemente que *“nuestra situación actual (...) ya no puede ser descrita con el concepto puramente negativo de descristianización ni puede ya ser abordada adecuadamente en el marco de una estrategia de re-cristianización. Bien al contrario, es cualitativamente*

inédita y en ese sentido sólo puede compararse, en el plano bíblico, con la fundación de comunidades cristianas nacidas del paganismo”⁵.

El cambio de modelo misionero radica pues en la constatación de que ya no existe un territorio cristiano frente a un territorio de misión. Toda la tierra queda bajo el régimen del primer anuncio. *“Si toda tierra es una "tierra de misión", entonces hay que borrar la distinción entre la vida de la Iglesia ad intra y su misión ad extra, en favor de una perspectiva única de descentramiento que define la vida misma de la Iglesia. Así es como se fundan las comunidades del Nuevo Testamento, y así es como pueden (re)nacer comunidades eclesiales orientadas hacia “el otro” y polarizadas por la obra del Espíritu Santo que está ya actuando en el mundo”⁶. Y explicita más su pensamiento añadiendo: “¿Cómo ejerce Cristo su reinado sobre aquéllos que no le conocen?; y además no dice: Cómo es, sino: ¿Cómo puede llegar a ser? –lo que implica nuestra parte, nuestra acción en el futuro en esta extensión del Reino de Cristo”.* Esto plantea una multitud de interrogantes sobre el lugar de la Iglesia, sobre su misión si ya no puede funcionar como religión, etc.

Francisco insiste mucho en el rechazo del proselitismo. En su último mensaje (Pentecostés 2019) para la Jornada Mundial de las Misiones, por ejemplo, dice: *“Esta vida divina no es un producto para vender –nosotros no hacemos proselitismo– sino una riqueza para dar, para comunicar, para anunciar; éste es el sentido de la misión”⁷.*

⁵ Christoph THEOBALD, *L'Europe, terre de mission* (Europa, tierra de misión), Cerf, 2019, p. 89.

⁶ François ODINET, *Nouvelle Revue Théologique* (Nueva Revista Teológica), 141, (2019), p. 492.

⁷ Papa Francisco, *Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo*, Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2019 (Pentecostés, 9 de junio 2019).

Estamos llamados a dar, a comunicar, a anunciar. Somos discípulos-misioneros.

2) Testigo de Cristo resucitado: el anuncio del Reino de Dios

El cristiano cree en la resurrección de Jesús. Esta fe se basa en el testimonio de los que nos han precedido y nosotros tenemos el encargo de transmitirla. También nosotros somos testigos. Es el Espíritu Santo quien hace los testigos y les da fuerza para llevar su testimonio hasta el final. Sólo Él da la “confianza” (*fiducia*) para nuestro testimonio. Pedro no fue capaz de responder a la mujer que le preguntaba si conocía al Nazareno, y lo negó tres veces. Pero cuando el Espíritu se derramó sobre él, “prendió fuego a aquel corazón, frío poco antes, para que diera testimonio de Cristo, y abrió aquella boca, antes temblorosa y que había sofocado la verdad”⁸.

Como dice *Evangelii gaudium*, somos “evangelizadores con espíritu”: “En Pentecostés, el Espíritu hace salir de sí mismos a los Apóstoles y los transforma en anunciadores de las grandezas de Dios, que cada uno comienza a entender en su propia lengua. El Espíritu Santo, además, infunde la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia (parresía), en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente” (n°259).

Vale la pena reflexionar sobre la noción de “testigo”. Para ello me basaré, entre otras cosas, en la obra de Jean-Claude Chrétien, un filósofo francés contemporáneo. Nos recuerda que “si el Nuevo Testamento no inventó ni la palabra testimonio (martus) ni la cosa, les dio significados nuevos y decisivos, que dejaron su huella profunda y duradera en nuestra relación con esta pala-

⁸ Agustín de Hipona, Homilías sobre el evangelio de San Juan, *tractatus XCII*, 2, BA 74B, p. 223.

*bra y este acto*⁹. El autor constata la frecuencia e importancia de los términos griegos que significan *testigo*, *testimonio* o *testimoniar* en el Nuevo Testamento. *“Proporcionalmente, y a veces absolutamente, estos términos son más frecuentes en este último que en la Biblia hebrea, Antiguo Testamento según los cristianos. Y su significado se ensancha y enriquece, sin que haya ruptura obviamente. Pero estos términos se repiten de manera muy desigual según los libros. Si tomamos la palabra martus (testimonio), marturêô (testimoniar) y marturia como marturion (testimonio), (...) contamos poco menos de 170 apariciones. La parte de los evangelios sinópticos es cuantitativamente modesta, la parte de los escritos joánicos (Evangelio, epístolas, Apocalipsis) es considerable (77 apariciones), el resto se distribuye entre las epístolas no joánicas y los Hechos de los Apóstoles. Pero esta preponderancia en San Juan no está exenta de sorpresa: la palabra ‘testigo’ exactamente no aparece en el Evangelio de Juan (aunque a veces las traducciones la introducen) y abundan en cambio el verbo dar testimonio y una de las palabras que significan ‘testigo’ (marturia). Este énfasis precisamente en el acto es digno de meditación: Juan se mueve del testificar al testigo, y no al revés”*. El Padre Ceslas Spicq hace una observación importante: *“El martyrs bíblico no es un mero testigo ocular, simplemente presente ante el acontecimiento, sino que está activo, llamado a relatar lo que ha visto y oído, a proclamar lo que sabe. La misión de los Doce es afirmar la resurrección de Cristo*¹⁰. El apóstol Pablo es ejemplo esplendoroso del testigo; es lo que le anuncia Ananías tras el incidente en el camino a Damasco: *“Porque tú serás para él, delante de todos los hombres, el testigo de lo que has visto y oído”* (Hechos 22,15). El Apóstol da testimonio

⁹ Jean-Louis CHRÉTIEN, « Neufs propositions sur le concept chrétien de témoignage » (Nueve propuestas sobre el concepto cristiano de testimonio), *Philosophie*, 2006, n°1, p. 76.

¹⁰ Ceslas SPICQ, *Lexique théologique du Nouveau Testament* (Léxico teológico del Nuevo Testamento) Cerf, 1991, p. 970.

acerca de Jesús y por eso San Juan escribe su Evangelio y su Apocalipsis. Toda predicación misionera es un *marturion* que divulga el acontecimiento de la salvación.

*“Estos predicadores misioneros no se contentan con relatar los actos y gestos o palabras de Jesús, sino que expresan su convicción personal y se identifican con la causa que defienden: al proclamar el Señorío de Jesús, hacen una confesión pública de su fe. Hay, pues, una distancia enorme entre el testigo y su testimonio; basta con releer los relatos vocacionales de los profetas para darse cuenta de ello. Pero es el testimonio lo que hace al testigo, y no el testigo al testimonio. (...) El centro de gravedad del testigo no se encuentra en él, sino fuera de sí mismo, en el objeto de su testimonio, y por eso hay en él, como testigo, un desequilibrio esencial y una fragilidad esencial. (...) El testimonio es más fuerte que el testigo”*¹¹. Siempre hay cierta indignidad en el testigo (cf. Juan Bautista que dice no ser digno de desatar la correa del zapato, o Pedro que miente, etc.). El testigo no entiende todo lo que él mismo proclama, para eso necesita la ayuda del Espíritu Santo. San Agustín tiene un hermoso comentario sobre este tema de los apóstoles que dan testimonio. Dice así: *“El Espíritu Santo dará testimonio; vosotros también daréis testimonio. En efecto, porque estáis conmigo desde el principio, podéis predicar lo que sabéis y, si no lo hacéis ahora, es porque la plenitud del Espíritu aún no está en vosotros. (...) Ciertamente, porque él dará testimonio, por eso daréis testimonio también vosotros: él en vuestro corazón, vosotros en vuestras palabras; él con su inspiración, vosotros con el sonido de vuestra voz...”*¹².

¹¹ Jean-Louis CHRÉTIEN, art.cit., p. 83-84.

¹² Agustín d’Hipona, op.cit., BA 74B, p. 221 y 227.

Ser testigo es ser discípulo misionero, como pide el Papa Francisco. ¿Podemos situarnos como tales? Discípulo, es decir, “compañero de Jesús” que frecuenta los caminos de humanidad que él recorre; y misionero, es decir, testigo de su Palabra, especialmente para los pequeños, los pobres. El mensaje se resume en el amor y la misericordia. Esto es posible si nos apoyamos en el “*bello testimonio de Jesús*”, como lo expresa la primera carta a Timoteo (6:13).

III. LA DIMENSIÓN COMUNITARIA DE LA MISIÓN

En *Evangelii gaudium* el Papa Francisco habla de “la comunidad evangelizadora” (ej.: n° 24) que no es otra cosa que la Iglesia. La comunidad misionera es más que la suma de los compromisos individuales; lo cual supone una dificultad probablemente, también en la Asunción, donde el individualismo misionero es bastante fuerte.

El Papa Francisco también nos recuerda que “*todos somos discípulos-misioneros*” (n° 120) y ello en virtud del bautismo. “*Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados*” (*Ibid.*).

La Asunción se reconoce bien en esta definición de comunidad misionera. En primer lugar porque somos religiosos y vivimos “en comunidad apostólica”. Nuestra misión tiene su origen en nuestra vida común y en el compartir fraterno. Y luego porque colaboramos estrechamente con laicos, aprendiendo a no

considerarlos como meros ayudantes o auxiliares de segunda categoría; son copartícipes en un mismo proyecto y con una misma ambición. Finalmente, nuestro espíritu nos impulsa a no favorecer el clericalismo y hemos seguido la inflexión iniciada por el Vaticano II para adoptar la teología del Pueblo de Dios: diversidad de funciones e igualdad de honor y de derechos.

Otro teólogo jesuita, Joseph Moingt, hablaba de la “comunidad misionera” en una conferencia el año 2010. Esto decía él entonces: *“Cada comunidad deberá, recíprocamente, darse una configuración y una finalidad misionera: organizarse principalmente para un compartir el Evangelio y no para una celebración religiosa, orientar este compartir hacia los problemas que se plantean en el espacio de su entorno, abrirlo a otras personas que deseen reflexionar sobre esos problemas, hacerse cargo de ese entorno social, con sus sufrimientos y necesidades, aprestarse a acciones concretas que se puedan llevar a cabo aceptando la colaboración de otras personas o asociándose a ellas. Que en el centro de la vida comunitaria se ponga el estudio del Evangelio, que es la condición para que los cristianos aprendan a vivir como discípulos de Cristo, a vivir de su espíritu, de su pensamiento, y para que sean capaces de alimentarse mutuamente de ello y de comunicarlo a los de fuera. Pablo, por esta razón, ponía la inteligencia por encima de los dones de profecía y de lenguas, y la identificaba con la caridad, ya que sólo ella podía y quería ponerse al servicio tanto de la edificación de la comunidad como de la comunicación de la Palabra de Dios a los incrédulos que vinieran a mezclarse con los fieles (1 Cor 14): “Entonces ¿qué hacer? Oraré con el espíritu (con mi carisma), pero oraré también con la mente [...] Hermanos, no seáis niños en juicio [sino] hombres maduros” (v. 20). Así el mismo acto por el cual los cristianos dialogarán en el espíritu y el amor de Cristo difundirá eso mismo en torno a ellos.*

A condición, como he dicho, de que este compartir el Evangelio esté guiado por un anhelo concreto de la salvación del mundo. A condición además de que la palabra de los cristianos sea audible y

*creíble para los no creyentes impregnados de las ideas de modernidad, es decir, que parezca inspirada por la libertad de juicio y no sólo por la obediencia a una institución religiosa, y que esté guiada por un interés genuino por las cosas del mundo y no sólo por las de la religión”*¹³.

Por lo tanto, hay que emprender una renovación de la comunidad misionera. Esto requiere un cambio en el modelo de animación de nuestras parroquias, pero también una renovación de nuestra vida comunitaria asuncionista. Tenemos las potencialidades para ello gracias a nuestra tradición dalzoniana y agustiniana, pero ¿estamos dispuestos a aplicar lo que nos pide la *Regla de Vida* y, para ello, a abandonar un cierto individualismo apostólico? “*La palabra en nombre de Dios, en nombre del Nombre, debe ser firmada con las letras de nuestros nombres humanos*”, pero esta palabra es sinfónica porque “*el testigo de Cristo muestra a Cristo todo entero, pero no lo muestra totalmente (totum sed non totaliter), [el testigo] no agota la verdad de aquel de quien da testimonio. En su propio testimonio se deja libre y abierto el espacio a otros testigos, cuyo rostro, voz, vida, obras mostrarán a su vez al “testigo fiel” todo entero pero no totalmente*”¹⁴.

Cada uno tiene su lugar en el testimonio que es polifónico, pero anuncia al Verbo único.

¹³ Joseph MOINGT, « Annonce de l’Évangile et structures d’Église » (Anuncio del Evangelio y estructuras de Iglesia), conferencia pronunciada en Blois, 24 de septiembre de 2010.

¹⁴ Jean-Louis CHRÉTIEN, *art.cit.*, p. 93.

IV. ESPIRITUALIDAD MISIONERA

El Papa Francisco hace un diagnóstico sobre el estado espiritual de los agentes misioneros hoy. Señala *“tres males que se alimentan unos de otros”*. A saber: *“una acentuación del individualismo, una crisis de identidad y una caída del fervor”* (E.G. n° 78). Es una falta de espiritualidad profunda *“que se traduce en pesimismo, fatalismo, desconfianza. Algunas personas no se entregan a la misión, pues creen que nada puede cambiar y entonces para ellos es inútil esforzarse. Piensan así: “¿Para qué me voy a privar de mis comodidades y placeres si no voy a ver ningún resultado importante?”. Con esa actitud se vuelve imposible ser misioneros”* (E.G. n°275). Para el Papa Francisco, tenemos que volver a Cristo resucitado porque *“su resurrección no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección”* (ibid.)

Estamos llamados a vivir una “conversión misionera”, es decir, una mutación profunda de lo que pensamos, de lo que hacemos y de lo que somos. Es un retorno a la Palabra de Dios, la única que nos hará ser apóstoles de la Buena Nueva. La espiritualidad misionera es, por tanto, una espiritualidad de la Palabra. Es bíblica y evangélica. Hunde sus raíces en dos milenios de historia a lo largo de los cuales hombres y mujeres han vivido con verdad la llamada de Dios. Los profetas, los reyes, los jueces, los apóstoles, los discípulos de Jesús.

Sin amor a la Palabra de Dios, no hay vida misionera ya que por una Palabra nos pusimos en marcha: *“Id, ¡haced discípulos de todas las naciones!”* (Mateo 28:19).

El Papa Francisco tiene en gran estima a un jesuita francés, Michel de Certeau (1925-1986). Este especialista en mística e historiador de las ideas, ha reflexionado mucho sobre la misión en el mundo contemporáneo. Os cito un pasaje de una colección

de artículos que se titula *El forastero*: “Partir, dejar las estrechas fronteras del país donde el Señor ya habita visiblemente, hacer un país fuera de los grupos cerrados y de las sociedades bien asentadas, dejarlo todo para ir a anunciar a los que no conocen la Palabra que Dios les dirige y que debe abrir su existencia: **el apóstol parte así, enviado por la Iglesia, deseoso de no tener y de no dar más que este Evangelio al que sólo quisiera añadir el comentario de su vida.** “Salir” de un mundo para “entrar” en otro, es su proyecto, ya que es una definición inicial de la misión. De hecho, lleva un equipaje pesado. Es beneficiario de un trabajo varias veces centenario. La inteligencia que tiene de la fe se inscribe en una tradición en la cual se ha elaborado a lo largo del tiempo el lenguaje que él hace suyo. Incluso su sensibilidad ha ido cobrando su forma y su pleno desarrollo en un entorno familiar y cultural. Quiere transmitir la verdad universal, pero lo hará sólo a través de la experiencia particular que de ella tiene, lo que hace de él un extranjero en el país al que va. Pero al menos está seguro de que allí encontrará al Señor que lo llama y que ya ha adquirido esa tierra por el sacrificio de su sangre”¹⁵.

He puesto esta larga cita porque con ella se comprende mejor la condición del misionero, de aquel que parte. Pero me gusta porque expresa el corazón de la acción misionera: el apóstol es enviado por la Iglesia, quiere dar el Evangelio, al que sólo añadirá “el comentario de su vida”. El misionero es una predicación viva por su testimonio cotidiano. ¿No nos interpela eso?

Christoph Theobald constata que “lo que realmente ha desaparecido en muchos de los fieles o lo que nunca ha nacido en ellos es la experiencia del vínculo íntimo entre la escucha del Evangelio de Dios y su anuncio, una desaparición también ligada a los dos escollos que acechan a nuestras mentes contemporáneas: la persistencia de un concepto reduccionista de la misión como orientada a

¹⁵ Michel de CERTEAU, *L'Étranger* (El extranjero), DDB, 1991, pp.67-68

traer nuevos creyentes a la Iglesia católica, y un retraerse de proclamar el Evangelio al otro cuya alteridad se concibe como intimidad inaccesible y fortaleza impermeable a cualquier palabra exterior” ¹⁶.

La “di-misión” es esa dificultad de los católicos para proponer la fe a partir del Evangelio por miedo a una alteridad considerada impermeable y que habría incluso que sacralizar. Si el Evangelio es una fuente de vida para nosotros, ¿por qué no compartir esta fuente con otros?

Para nosotros, Asuncionistas, el Evangelio del Reino de Dios es nuestra brújula indudablemente. Si nos hemos hecho discípulos y apóstoles es porque queremos que el Reino venga. *“El Reinado (o Reino) de Dios ocupa el centro de la predicación y de la actividad de Jesús. Esta centralidad rara vez ha sido cuestionada, ya que las pruebas son abrumadoras. La fórmula “Reinado de Dios” o, en su versión mateana “Reino de Dios”, se lee sesenta y cinco veces en los evangelios, y se podrían añadir otras veintidós menciones en el evangelio apócrifo de Tomás. Aparece en todo tipo de alocuciones de Jesús: parábolas, exhortaciones, controversias y sentencias. Las estadísticas revelan además que es una expresión de su lenguaje particular”*¹⁷. Para Jesús, el Reino no es para mañana, sino que es “el Reino esperado para el fin de los tiempos que, afirma él, irrumpe en el presente”¹⁸. El Reino esperado durante siglos no se acerca; se ha acercado.

Comprendéis entonces que tenemos que experimentar ya nosotros mismos la cercanía del Reino. “¡Venga tu reino!” no es un eslogan comercial, sino una llamada ardiente a vivir del men-

¹⁶ Christoph THEOBALD, *Urgences pastorales du moment présent* (Urgencias pastorales del momento presente), Bayard, 2017, p. 472.

¹⁷ Daniel MARGUERAT, *Vie et destin de Jésus de Nazareth* (Vida y destino de Jesús de Nazaret), Seuil, 2019, p. 121.

¹⁸ *ibidem.*, p. 127.

saje de Cristo aquí y ahora. Manuel d'Alzon fue apóstol del Reino porque quería que creciera en nosotros y a nuestro alrededor. Su espiritualidad cristocéntrica le hacía arder en ansias de testimoniar su fe y vivirla en su vida cotidiana. Me atrevo a decir que la espiritualidad de la Asunción es una espiritualidad misionera y que aún hoy puede capacitarnos para dar testimonio “a tiempo y a destiempo”. En un “retiro predicado a los hombres” en 1873, Manuel d'Alzon hablaba de la propaganda cristiana. Destacaba la cita de San Pablo en la carta a los romanos: *“es ya hora de levantarnos del sueño”* (Rm 13,11). Para él, hay que estar convencido de lo que se anuncia, se necesita energía, prudencia y desinterés (E.S. p.610-613).

Al Papa Francisco le gusta hablar de la Iglesia en salida para designar a la Iglesia misionera. *“La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. (...) sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. (...) ¡Atrevámonos un poco más a primerear!”*¹⁹.

El Asuncionista en su espiritualidad misionera da pruebas de *pasión, audacia, celo, desinterés e iniciativa*. Audaz, generoso y desinteresado, nos gusta decir. La pasión tiene su fuente en Jesucristo: conocido, amado e imitado. Se despliega en el servicio al Padre y en el amor del Espíritu que nos transforma. Cuanto más estemos en relación íntima con Jesús, tanto más seremos discípulos-misioneros.

El Papa insiste mucho en la audacia y el coraje. *“Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan. Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón. (...) Siempre hace falta cultivar un*

¹⁹ Francisco, *Evangelii gaudium*, n° 24.

espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga” (nº 262)

V. FORMAR ASUNCIONISTAS PARA LA MISIÓN

Quisiera pasar en revista algunas actitudes que me parece necesario conocer para vivir en paz y alegría la misión recibida.

1) La disponibilidad

“No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca. De modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda” (Juan 15,16).

La vocación es una respuesta a una llamada. No es la elección de una profesión ni de una carrera. Es el don de nuestra persona para que el Señor pueda hacer con nosotros lo que quiera. En el corazón de la respuesta que damos al Señor está la disponibilidad.

Conociendo bien a los hermanos y comunidades de por el mundo, siempre me regocija ver cómo la disponibilidad de nuestros mayores ha permitido a la Asunción difundir su carisma por muchos países del mundo. Si no hubiera sido por la valentía y la audacia de nuestros misioneros, nunca habríamos ido a África, a Oceanía, a América, a Asia. Ahora bien, la Asunción se estableció en estos continentes para que nacieran ramas vivas y dinámicas del viejo tronco nacido en Nimes en 1845.

La disponibilidad debe ser apoyada y fomentada. No tendremos futuro si preferimos nuestra tranquilidad y comodidad a la audacia misionera.

Disponibilidad es la actitud que Jesús recomienda a sus discípulos. Releamos este texto evangélico para extraer sus necesarias enseñanzas.

"Mientras iban caminando, uno le dijo: "Te seguiré adondequiera que vayas". Jesús le dijo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza". A otro dijo: "Sígueme". Él respondió: "Déjame ir primero a enterrar a mi padre". Jesús les dijo: "Deja que los muertos entierren a sus muertos. Tú, vete a anunciar el reino de Dios". También otro le dijo: "Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa". Le dijo Jesús: "Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el Reino de Dios" (Lucas 9,57-62)

Esta perícopa nos interpela, por supuesto, porque nos lleva a hacer una relectura de vida. ¿Cuál es mi actitud frente a la llamada del Señor? ¿Qué obstáculos acabo poniendo a veces para no responder generosamente a la petición que se me hace?

Esta disponibilidad absoluta ya fue destacada por Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*: *"Los religiosos, también ellos, tienen en su vida consagrada un medio privilegiado de evangelización eficaz. A través de su ser más íntimo, se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta de lo Absoluto de Dios, llamada a la santidad. Es de esta santidad de la que ellos dan testimonio. Ellos encarnan la Iglesia deseosa de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas. **Ellos son por su vida signo de total disponibilidad para con Dios, la Iglesia, los hermanos.***

Por esto, asumen una importancia especial en el marco del testimonio que, como hemos dicho anteriormente, es primordial en la evangelización. Este testimonio silencioso de pobreza y de desprendimiento, de pureza y de transparencia, de abandono en la obediencia puede ser a la vez que una interpelación al mundo y a

la Iglesia misma, una predicación elocuente, capaz de tocar incluso a los no cristianos de buena voluntad, sensibles a ciertos valores.

En esta perspectiva se intuye el papel desempeñado en la evangelización por los religiosos y religiosas consagrados a la oración, al silencio, a la penitencia, al sacrificio. Otros religiosos, en gran número, se dedican directamente al anuncio de Cristo. Su actividad misionera depende evidentemente de la jerarquía y debe coordinarse con la pastoral que ésta desea poner en práctica. Pero, ¿quién no mide el gran alcance de lo que ellos han aportado y siguen aportando a la evangelización? Gracias a su consagración religiosa, ellos son, por excelencia, voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Ellos son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su salud y su propia vida. Sí, en verdad, la Iglesia les debe muchísimo”²⁰.

2) La alegría

“Cada cual dé según el dictado de su corazón, no de mala gana ni forzado, pues Dios ama al que da con alegría” (2 Cor 9,7).

Nuestro mundo es triste. Cuando se agotan las solidaridades y crece el egoísmo, los hombres y las mujeres sufren cada vez más de soledad. El ascenso del individualismo que se desplegó durante la Ilustración continúa su marcha triunfal por todo el mundo. Ni siquiera se salvan las regiones y culturas que se precian de su tradición ancestral de solidaridad no. Sería ilusorio creer que los cristianos iban a estar a salvo de esta tendencia gravosa del individualismo. Ciertamente que la fe cristiana es una

²⁰ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n° 69

respuesta personal y una elección libre, pero es también la entrada en una comunidad de creyentes que se llama la Iglesia. Y la Iglesia es una fraternidad universal que quiere derribar los muros entre las culturas, las lenguas, las naciones. El cristiano, y los propios religiosos, tienen que luchar contra el individualismo y creo que la mejor respuesta que podemos dar es la alegría que llevamos dentro de nosotros. Alegría de ser hijos de Dios, hermanos en Cristo y salvados para toda la eternidad. Esta alegría se comparte en comunidad para que sea un testimonio de vida y de solidaridad. El 33º Capítulo General nos ha recordado la importancia de la alegría en nuestro carisma (Cf. Actas, nº 5).

“Nos moviliza el ejemplo de tantos sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos que se dedican a anunciar y a servir con gran fidelidad, muchas veces arriesgando sus vidas y ciertamente a costa de su comodidad. Su testimonio nos recuerda que la Iglesia no necesita tantos burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestésica”²¹.

3) La pasión

Nadie puede servir a Dios si no lleva en sí la Pasión del Reino. D'Alzon era un hombre de fuego, ardía con el Espíritu de Dios. Manuel d'Alzon nos legó esta pasión, pero ¿sabemos mantenerla, desarrollarla y proponerla a los que nos rodean? ¿Sigue seduciéndonos el Señor después de algunos años de vida religiosa, como decía Jeremías (Jr 20,7): *“Me has seducido, Yahveh, y me dejé seducir; me has agarrado, y me has podido?”*.

¿Necesitamos quizás un plus de pasión en nuestras vidas? Muy a menudo constato que hay cierta tibieza en la vida religiosa y en el ejercicio del trabajo apostólico. A Manuel d'Alzon le gus-

²¹ Francisco, *Gaudete et exultate*, nº 138.

taba hablar del celo que debe animar nuestra vida asuncionista. Es otra manera de hablar de la pasión por el Reino. No somos burócratas, funcionarios que saben que su empleo está garantizado hagan lo que hagan, sino que somos aventureros de Dios. El servicio de Dios y su Reino son probablemente uno de los últimos ámbitos donde se puede vivir una auténtica aventura en esta tierra. Lo que yo espero de todo Asuncionista es que demuestre esta pasión a diario. ¿Tengo sed de leer y meditar la Palabra todos los días? ¿Soy un hombre de las bienaventuranzas que desea paz, justicia, ternura en nuestra tierra? ¿Amo a Dios y al prójimo para anhelar que nuestro mundo viva en amor y unidad?

Ya el Papa Gregorio Magno se quejaba de la falta de celo de los sacerdotes de su tiempo. Esta queja sigue resonando hoy en día: *“Escuchemos lo que dice el Señor a los predicadores que envía a sus campos: La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies. Por tanto, para una mies abundante son pocos los trabajadores; al escuchar esto, no podemos dejar de sentir una gran tristeza, porque hay que reconocer que, si bien hay personas que desean escuchar cosas buenas, faltan, en cambio, quienes se dediquen a anunciarlas. Mirad cómo el mundo está lleno de sacerdotes, y, sin embargo, es muy difícil encontrar un trabajador para la mies del Señor; porque hemos recibido el ministerio sacerdotal, pero no cumplimos con los deberes de este ministerio”*²².

En mis visitas a las comunidades encuentro a hombres fieles a su puesto y a su misión, pero a veces me parece que hay un déficit de audacia. La urgencia del Reino permanece y nosotros estamos llamados a *“dar respuesta a todo el que nos pida razón de nuestra esperanza”* (I P, 3,15). No seamos timoratos, replegados sobre nosotros mismos, sino atrevámonos a anunciar el Reino a

²² Gregorio Magno, *Homilía sobre el Evangelio*, 17,3, Patrología latina 76, 1139 [traducción del Leccionario Bional]

tiempo y a destiempo. Yo creo que no sirve de nada lamentar la dureza de los tiempos, enumerar todo lo que está mal en el mundo y en la Iglesia. Nuestra misión está muy vinculada a la esperanza y por eso nos atrevemos a más de lo que podríamos hacer solos. En mi carta del año pasado sobre la esperanza cristiana, quise machacar esta convicción. El hombre de esperanza no es un optimista que se dice que mañana será mejor. Es un hombre lúcido que ve las dificultades pero que sabe que con la gracia de Dios nada se pierde definitivamente. La audacia es esa cualidad asuncionista que nos permite emprender cosas a pesar de todos los obstáculos que surgen ante nosotros. La pasión por el Reino es la energía que necesitamos para superar nuestros miedos y nuestras limitaciones. ¡No tengamos miedo de rogar al Señor para que nos dé esta pasión y esta audacia!

4) Profundizar en nuestra consagración día tras día

El Asuncionista es un religioso. Esta afirmación es tan banal que parece inútil formularla, pero es bueno recordar una y otra vez aquello en lo que se funda nuestra vida: la consagración religiosa. A menudo el ideal que traen los jóvenes que llaman a nuestra puerta es el del sacerdocio. 50 años después del Concilio Vaticano II, algunos todavía hablan de “sacerdocio”, olvidando que los ministerios son servicios y no la entrada en una casta sacerdotal. Por mi parte, hace tiempo que utilizo la palabra “presbiterado” en lugar de “sacerdocio”. El sacerdocio corresponde a Cristo: sólo Él es sacerdote, el Único Sacerdote de la Nueva Alianza. Los discípulos de Jesús quedan asociados a su sacerdocio por el bautismo, que los hace “sacerdotes, profetas y reyes”. Y aunque hayamos vuelto a poner la consagración religiosa en el primer plano de nuestra elección de vida, es necesario profundizar aún más en nuestra vida religiosa. El papa Francisco,

en sus críticas recurrentes al clericalismo, nos invita a volver a la enseñanza tradicional de la Iglesia, que en su fidelidad al Evangelio llama a los creyentes a vivir la fraternidad en igualdad de dignidad y diversidad de funciones. La vida religiosa es profética en la medida en que manifiesta claramente la opción prioritaria de la fraternidad y rechaza vigorosamente las derivas clericales conducentes a que una casta tome el poder. La Asunción tiene una sana tradición de fraternidad. La Alianza Laicos-Religiosos, que ha adquirido un nuevo impulso en los últimos 20 años aproximadamente, ha contribuido a reforzar esta dimensión de apertura y corresponsabilidad. La Iglesia es un pueblo guiado por el Espíritu y que contribuye a la obra salvadora del Señor Jesús. Somos obreros del Reino. El ministerio presbiteral es respuesta a una llamada a servir al Pueblo de Dios haciéndose humilde y pequeño. La vida religiosa debe facilitarnos una renovación de nuestro concepto de los ministerios y, de este modo, ayudar a la Institución a ser relevante para el anuncio del Evangelio en estos nuevos tiempos.

“La aportación específica que los consagrados y consagradas ofrecen a la evangelización está, ante todo, en el testimonio de una vida totalmente entregada a Dios y a los hermanos, a imitación del Salvador que, por amor del hombre, se hizo siervo. En la obra de la salvación, en efecto, todo proviene de la participación en el ágape divino. Las personas consagradas hacen visible, en su consagración y total entrega, la presencia amorosa y salvadora de Cristo, el consagrado del Padre, enviado en misión. Ellas, dejándose conquistar por Él (cf. Flp 3,12), se disponen para convertirse, en cierto modo, en una prolongación de su humanidad. La vida consagrada es una prueba elocuente de que, cuanto más se vive de Cristo, tanto mejor se le puede servir en los demás, llegando hasta las avanzadillas de la misión y aceptando los mayores riesgos”²³.

²³ Juan Pablo II, *Vita consecrata*, n°76.

5) La humildad

Una de las actitudes fundamentales del religioso y del pastor es la humildad. No buscamos la gloria o el honor al hacernos siervos del Señor. Desgraciadamente, es bien sabido que algunas personas consideran la carrera eclesiástica como una promoción o una oportunidad para obtener beneficios. Este es un contra-testimonio absoluto al espíritu del Evangelio. Aunque nuestra congregación sea reconocida en la Iglesia como una "congregación clerical", esto no debe ocultar para nada el aspecto profético de la vida religiosa. El Papa Benedicto XVI impartió una hermosa enseñanza sobre el ministerio presbiteral con ocasión de una ordenación en la Basílica de San Pedro; cito un largo extracto de ella porque es muy explícita y sigue siendo una hermosa enseñanza para nosotros.

"El evangelio que hemos escuchado en este domingo es solamente una parte del gran discurso de Jesús sobre los pastores. En este pasaje, el Señor nos dice tres cosas sobre el verdadero pastor: da su vida por las ovejas; las conoce y ellas lo conocen a él; y está al servicio de la unidad. Antes de reflexionar sobre estas tres características esenciales del pastor, quizá sea útil recordar brevemente la parte precedente del discurso sobre los pastores, en la que Jesús, antes de designarse como Pastor, nos sorprende diciendo: "Yo soy la puerta" (Jn 10,7). En el servicio de pastor hay que entrar a través de él. Jesús pone de relieve con gran claridad esta condición de fondo, afirmando: "El que sube por otro lado, ese es un ladrón y un salteador" (Jn 10, 1). Esta palabra "sube" (anabainei) evoca la imagen de alguien que trepa al recinto para llegar, saltando, a donde legítimamente no podría llegar. "Subir": se puede ver aquí la imagen del arribismo, del intento de llegar "muy alto", de conseguir un puesto mediante la Iglesia: servirse, no servir. Es la imagen del hombre que, a través del sacerdocio, quiere llegar a ser importante, convertirse en un personaje; la imagen del que busca su propia exaltación y no el servicio humilde de Jesucris-

to. Pero el único camino para subir legítimamente hacia el ministerio de pastor es la cruz. Esta es la verdadera subida, esta es la verdadera puerta. No desear llegar a ser alguien, sino, por el contrario, ser para los demás, para Cristo, y así, mediante él y con él, ser para los hombres que él busca, que él quiere conducir por el camino de la vida. Se entra en el sacerdocio a través del sacramento; y esto significa precisamente: a través de la entrega a Cristo, para que él disponga de mí; para que yo lo sirva y siga su llamada, aunque no coincida con mis deseos de autorrealización y estima. Entrar por la puerta, que es Cristo, quiere decir conocerlo y amarlo cada vez más, para que nuestra voluntad se una a la suya y nuestro actuar llegue a ser uno con su actuar. Queridos amigos, por esta intención queremos orar siempre de nuevo, queremos esforzarnos precisamente por esto, es decir, para que Cristo crezca en nosotros, para que nuestra unión con él sea cada vez más profunda, de modo que también a través de nosotros sea Cristo mismo quien apaciente”²⁴.

Lo mismo el Papa Francisco: no dejará de condenar el carcerismo que envenena la vida religiosa y presbiteral. En la Asunción, tenemos que estar vigilantes. La vida religiosa auténtica es un camino exigente que requiere sacrificios y humildad. Sacrificios porque no es concebible dar la vida sin abandonar lo que nos retiene lejos de Dios y de los demás. Optar por Dios es una elección radical que conlleva sacrificios personales. Pero Dios recompensa al céntuplo al que sabe liberarse de sus servidumbres. La humildad, como decía Agustín, es el camino del auténtico servidor.

²⁴ Benedicto XVI, Homilía 7 de mayo de 2006.

6) La atención a los pequeños

El auténtico misionero no puede sino ser un hombre solidario con la frágil humanidad. Es servidor de sus hermanos y especialmente de los más débiles y de los más pequeños. Trabajar por la venida del Reino de Dios nos expone a tomar partido por la justicia y por la paz poniendo en riesgo nuestra comodidad y tranquilidad. ¿Nos hemos hecho religiosos para ir flotando en una existencia tranquila y libre de preocupaciones? ¡No! En un mundo en el que aumentan las desigualdades y donde la primacía de la economía sobre lo humano favorece el rechazo del débil, ya sea migrante, discapacitado, anciano o extranjero, se hace más que urgente reaccionar con un compromiso de solidaridad activa y concreta. Asimismo, nuestro compromiso con la salvaguarda de la Creación nos obliga a cambiar nuestro comportamiento para no contribuir al agotamiento de los recursos de la Tierra. El Asuncionista que gusta de recordar la “dimensión social” de su carisma puede contribuir a una renovación misionera comprometiéndose por la Justicia y por la Paz. La Iglesia podrá recuperar en este combate una credibilidad que lamentablemente ha perdido.

7) Servir a la verdad

El seguimiento de Cristo nos impulsa a buscar a Dios y a escuchar su Palabra. Ser buscadores de Dios es indudablemente nuestra ambición al hacernos religiosos, de lo contrario seguiremos siendo mediocres y tibios.

Benedicto XVI, en su discurso al mundo de la cultura durante su viaje a Francia hizo una reflexión muy rica. Cito este pasaje sobre el testimonio porque nos hace comprender lo que queremos fomentar en los años de estudios: tener una inteligencia abierta tanto a la razón como a la fe. Nuestra cultura intelec-

tual debe edificarse sobre unos estudios teológicos serios, pero el conocimiento profundo de las disciplinas filosóficas y teológicas debe ser ampliado teniendo en cuenta la cultura contemporánea en su diversidad. La Verdad, para nosotros los cristianos, ¡es Jesucristo!

“De hecho, los cristianos de la Iglesia naciente no consideraron su anuncio misionero como una propaganda, que debiera servir para que el propio grupo creciera, sino como una necesidad intrínseca derivada de la naturaleza de su fe: el Dios en el que creían era el Dios de todos, el Dios uno y verdadero que se había mostrado en la historia de Israel y finalmente en su Hijo, dando así la respuesta que tenía en cuenta a todos y que, en su intimidad, todos los hombres esperan. La universalidad de Dios y la universalidad de la razón abierta hacia Él constituían para ellos la motivación y también el deber del anuncio. Para ellos la fe no pertenecía a las costumbres culturales, diversas según los pueblos, sino al ámbito de la verdad que igualmente tiene en cuenta a todos”²⁵.

La Asunción, por su importante extensión geográfica, se enfrenta a la diversidad de culturas y tradiciones y, por eso mismo, está llamada a redoblar sus esfuerzos en pro de la inteligencia de la fe. Como dice Benedicto XVI, es urgente profundizar en el vínculo que une la fe y la razón para servir a la Verdad. Yo invito a los estudiantes asuncionistas a que se apasionen por los estudios con el fin de “dar razón de su esperanza”. La verdadera inculturación de la fe requiere un profundo conocimiento de la Tradición, de la Escritura, de la filosofía y de las ciencias.

Pero servir a la verdad es también ser capaces de anunciar a Jesús en el mundo contemporáneo con un lenguaje que pueda tocar los corazones e inteligencias de nuestros contemporáneos. El esfuerzo de la inculturación implica también el deber de adaptar nuestra predicación al mundo moderno y de utilizar un len-

²⁵ Benedicto XVI, *Discorso al mondo de la cultura, colegio de los Bernardinos*, 12 de septiembre de 2008.

guaje accesible a todos. Hay una necesidad urgente de presentar la fe más allá de la repetición de formas tradicionales de expresión que en muchos casos ya no dicen gran cosa hoy día. Hay un importante trabajo que hacer, de orden espiritual e intelectual, para que nuestro lenguaje presente a Jesucristo de manera pertinente, a fin de que pueda ser aceptado.

8) El espíritu misionero

Los Asuncionistas son misioneros. Son enviados, son apóstoles, están en camino. Estamos en salida y abandonamos nuestras seguridades para arriesgarnos a proclamar del Evangelio. Esto no requiere necesariamente una expatriación, pero siempre estamos llamados a ofrecernos al Espíritu que sopla donde quiere....

“Las personas consagradas, en efecto, tienen la tarea de hacer presente también entre los no cristianos a Cristo casto, pobre, obediente, orante y misionero. En virtud de su más íntima consagración a Dios, y permaneciendo dinámicamente fieles a su carisma, no pueden dejar de sentirse implicadas en una singular colaboración con la actividad misionera de la Iglesia”²⁶.

La Asunción no puede contentarse con seguir en las tierras donde está implantada desde hace más o menos tiempo. Estamos llamados a ir a otros sitios, a pasar a otras ciudades y pueblos, como hacía Jesús. Hoy día el mundo ya no puede presentarse como cristiano. Es verdad que nunca lo ha sido, pero los Occidentales que han vivido bajo un régimen de cristiandad durante siglos han podido creer que la evangelización era siempre para el exterior. Afortunadamente, los movimientos de renovación misionera comprendieron muy pronto que la misión también concernía a los países de vieja cristiandad. La misión es para todos. Pero ser misionero es “salir”, es “anunciar a Jesucristo”

²⁶ Juan Pablo II, *Vita consecrata*, n° 77.

por el testimonio de vida y por la fe en Él. Somos demasiado timoratos y a menudo nos contentamos con ser animadores de comunidades cristianas ya constituidas. El celo misionero, incluso en nuestras implantaciones jóvenes, parece limitado a veces. ¿Cómo no alarmarnos ante esas multitudes inmensas que se pasan a las Iglesias neo-protestantes, o incluso al Islam? La indiferencia religiosa, por su parte, no deja de crecer. El hecho está ahí y es inapelable: es más que urgente redoblar los esfuerzos misioneros. Me siento orgulloso de que en los últimos años la Asunción haya podido fundar en zonas remotas donde no se conocía el Evangelio. Pienso en particular en nuestras comunidades de Tanzania y Madagascar, como las de Digodigo o Loliondo, que evangelizan a los pueblos Sonjo y Masai; o las del sur de Tulear en Fotadrevo, por ejemplo. Pero basta con recorrer nuestras “viejas parroquias”, para constatar que hay mucho que hacer para anunciar a Jesucristo entre aquellos que apenas han oído hablar de él. Ya sea en Kinshasa, Río, París, Boston, o dondequiera que estemos, hay que redoblar el vigor de la evangelización.

Entonces ¿qué puede hacer la Asunción? Somos religiosos, lo cual significa que, como Jesús, vemos “la miseria de su pueblo”.

9) “Hasta ver a Cristo formado en vosotros” (Ga 4,19)

La ambición de la formación asuncionista es hacer crecer al Maestro interior, Cristo, para que ocupe el corazón de cada religioso. Queremos imitar a Cristo dejándole todo el campo a él. La Asunción tiene una tradición de espiritualidad de la acción que se despliega principalmente en la oración apostólica. Recuerdo que, siendo yo novicio, el P. Hervé Stéphan nos inició en ella. Se trata de tomarse tiempo cada día para venir “a los pies del Señor” a contarle nuestra jornada misionera y a discernir con Dios la actividad realizada. Mirar lo que hemos hecho y dicho, buscar la

presencia de Dios y dar gracias por el trabajo realizado. Esta oración nos va constituyendo poco a poco como apóstoles del Reino. En *Vita consecrata* encontramos como un eco de esta oración apostólica:

“Los Institutos comprometidos en una u otra modalidad de servicio apostólico han de cultivar, en fin, una sólida espiritualidad de la acción, viendo a Dios en todas las cosas, y todas las cosas en Dios. En efecto, “se ha de saber que, como el buen orden de la vida consiste en tender de la vida activa a la contemplativa, también por lo general el alma vuelve útilmente de la vida contemplativa a la activa para realizar con mayor perfección la vida activa, por lo mismo que la vida contemplativa enfervoriza a la activa”. Jesús mismo nos ha dado ejemplo perfecto de cómo se pueden unir la comunión con el Padre y una vida intensamente activa. Sin la tensión continua hacia esta unidad, se corre el riesgo de un colapso interior, de desorientación y de desánimo. La íntima unión entre contemplación y acción permitirá, hoy como ayer, acometer las misiones más difíciles”²⁷.

VI. AVANZAR CON CRISTO

Tenemos que llegar a ser discípulos-misioneros, como nos pide el papa Francisco; testigos de la fe en la Resurrección. En un mundo que mantiene a Dios a distancia, podemos acercarnos a nuestros hermanos y hermanas a través de la humanidad de Cristo y de nuestra propia humanidad.

La Asunción es hoy menos occidental y más africana y asiática, pero lo que está en juego para nosotros, más que el futuro de la Asunción, es el futuro del mensaje cristiano. Somos apóstoles enviados para decir la Buena Nueva de la salvación. Ahora

²⁷ Juan Pablo II, *Vita consecrata*, n° 74

más que nunca, tenemos que dar testimonio de nuestra fe en Jesús resucitado. A pesar de nuestra indignidad, a pesar de nuestra debilidad; el mensaje que llevamos es una fuerza transformadora. Pero tenemos muchas conversiones que recorrer:

- Pasar del misionero a la comunidad misionera
- Pasar del proselitismo al testimonio: el discípulo misionero
- Pasar de la cristiandad a Cristo
- Pasar del clericalismo a la fraternidad

El desplazamiento de la Asunción del Norte al Sur debe ser vivido como una buena noticia, es decir, como la posibilidad de un nuevo arranque misionero. No para abandonar las tierras secularizadas de Occidente, sino para estimularnos a llevar la salvación cristiana a todas partes. Los religiosos son ahora mayoritariamente africanos y asiáticos. No son mejores que sus mayores, probablemente, pero están disponibles para la misión como lo estuvieron ellos. Debemos desarrollar la interculturalidad y demostrar que nuestra Patria es el Reino de Dios. Hay que salir, superar el etnocentrismo y dejar de erigir en absolutos nuestras referencias culturales, lingüísticas e ideológicas. Dios es el que derriba muros.

“Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el mundo que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad. Vino a anunciar a la paz: paz a vosotros que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca. Pues por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu. Así pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los Santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular

Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo Santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu” (Ef 2,13-22).

La renovación misionera en la Asunción requiere *la disponibilidad de todos*. Se trata de decir: “Heme aquí, ¡envíame!” (Is 6,8). El Señor puede potenciarnos para hacer más de lo que podemos vislumbrar. Hay muchos territorios nuevos: el mundo digital, el mundo de la ética y la ecología, el mundo de los excluidos y de los migrantes, el mundo de los pequeños y de los pobres, el mundo de la cultura y de las artes... Sigue habiendo numerosas tierras que explorar para que el nombre del Señor sea anunciado.

CONCLUSIÓN

Escuchemos al papa Francisco en el Ángelus del 30 de junio de 2019; habla de las tres virtudes necesarias para la evangelización: *“La Iglesia para seguir a Jesús es itinerante, actúa con prontitud, de prisa y decidida. El valor de estas tres condiciones puestas por Jesús —itinerancia, prontitud y decisión— no radica en una serie de “noes” a las cosas buenas e importantes de la vida. El acento, más bien, hay que ponerlo en el objetivo principal: ¡convertirse en discípulo de Cristo! Una elección libre y consciente, hecha por amor, para corresponder a la gracia inestimable de Dios, y no un modo de promoverse a sí mismo. ¡Esto es triste! Ay de los que piensan seguir a Jesús para promoverse, es decir, para hacer carrera, para sentirse importantes o adquirir un puesto de prestigio. Jesús nos quiere apasionados de él y del Evangelio. Una pasión del corazón que se traduce en gestos concretos de proximidad, de cercanía a los hermanos más necesitados de acogida y cuidados. Precisamente como vivió Él”.*

La Asunción es una congregación misionera. Con nuestro testimonio participamos en el anuncio de Cristo resucitado. Somos discípulos-misioneros a través de nuestras numerosas ocupaciones pastorales, de gran diversidad. La Asunción no ha dicho su última palabra ya que anuncia hoy, con las palabras mismas del Señor, el Reino que ya está aquí.

Padre Benoît GRIÈRE a.a.
Superior General
29 de agosto de 2019
Martirio de San Juan Bautista

INDICE

INTRODUCCIÓN	5
I. La misión en la Asunción	8
1) <i>El espíritu misionero del Padre Manuel d'Alzon</i>	8
2) <i>La misión en el transcurso del tiempo</i>	9
3) <i>El 33º Capítulo General de 2017</i>	11
II. El discípulo-misionero	13
1) <i>El cambio de paradigma</i>	14
2) <i>Testigo de Cristo resucitado: el anuncio del Reino de Dios</i>	17
III. La dimensión comunitaria de la misión	20
IV. Espiritualidad misionera	23
V. Formar Asuncionistas para la Misión	27
1) <i>La disponibilidad</i>	27
2) <i>La alegría</i>	29
3) <i>La pasión</i>	30
4) <i>Profundizar en nuestra consagración día tras día</i>	32
5) <i>La humildad</i>	34
6) <i>La atención a los pequeños</i>	36
7) <i>Servir a la verdad</i>	36
8) <i>El espíritu misionero</i>	38
9) <i>“Hasta ver a Cristo formado en vosotros” (Ga 4,19)</i>	39
VI. Avanzar con Cristo	40
Conclusión	43

Agustinos de la Asunción
Via San Pio V, 55
I - 00165 Roma
Tel.: 06 66013727 - Fax: 06 6630814
E-mail: Assunzione@mclink.it